

El día que me vino la última factura de la luz tuve la mejor idea de mi vida. Me compré un transistor y un infiernillo de gas para hacerme la comida y me di de baja.

Sí, vivo a oscuras —bueno, cuando no me entra la luz de la calle— y estoy ahorrando lo que nadie sabe. Mi hija me dice que estoy loca, pero ¿y lo que ahorro, qué? Reconozco que todavía no tengo la habilidad de los ciegos, pero estoy segura de que me acostumbraré y no me iré dando golpes por las esquinas, como ahora. He aprendido que tengo que ir con las manos extendidas tocando todo a mí alrededor. Alguna vez me equivoco, creo que la puerta está abierta y no, y me doy de bruces contra ella; o me meto en otro dormitorio y me siento donde creo que está la cama y la cama no está. Me levanto con el culo dolorido, pero soy fuerte y la moradura no se nota. Cuando vienen visitas, tengo velas por si acaso.



Algunas amigas hicieron lo mismo que yo, pero en cuanto se hicieron dos brechas, enseguida se rindieron. No tienen la constancia suficiente y encima no saben vivir sin la televisión, ni tienen en cuenta lo que se ahorra. El otro día me di un golpe con una puerta de un armario de la cocina, me quedé conmocionada y dudé, pero pensé en lo que estoy ahorrando y se me quitó de la cabeza la idea de volver a darme de alta. En realidad, durante un buen rato se me fue esa idea y todas las demás.

Tras una lucha de meses, y a consecuencia de un ligero traspiés, mis hijos se salieron con la suya.

—¿Ves lo que has conseguido con tu manía? —me dijeron, enfadados—. Mañana mismo te pondrán la luz.

Se me cayó el alma a los pies. Cierto es que me resbale con un patinete que mi nieto se había dejado esa tarde en el pasillo. Cierto que me he roto la cadera y el peroné. También es cierto que los médicos me han dicho que lo más seguro es que tenga que recurrir a un aparato para andar. Pero no piensan en lo que he ahorrado y, más aún, ¡en lo que podría ahorrar!